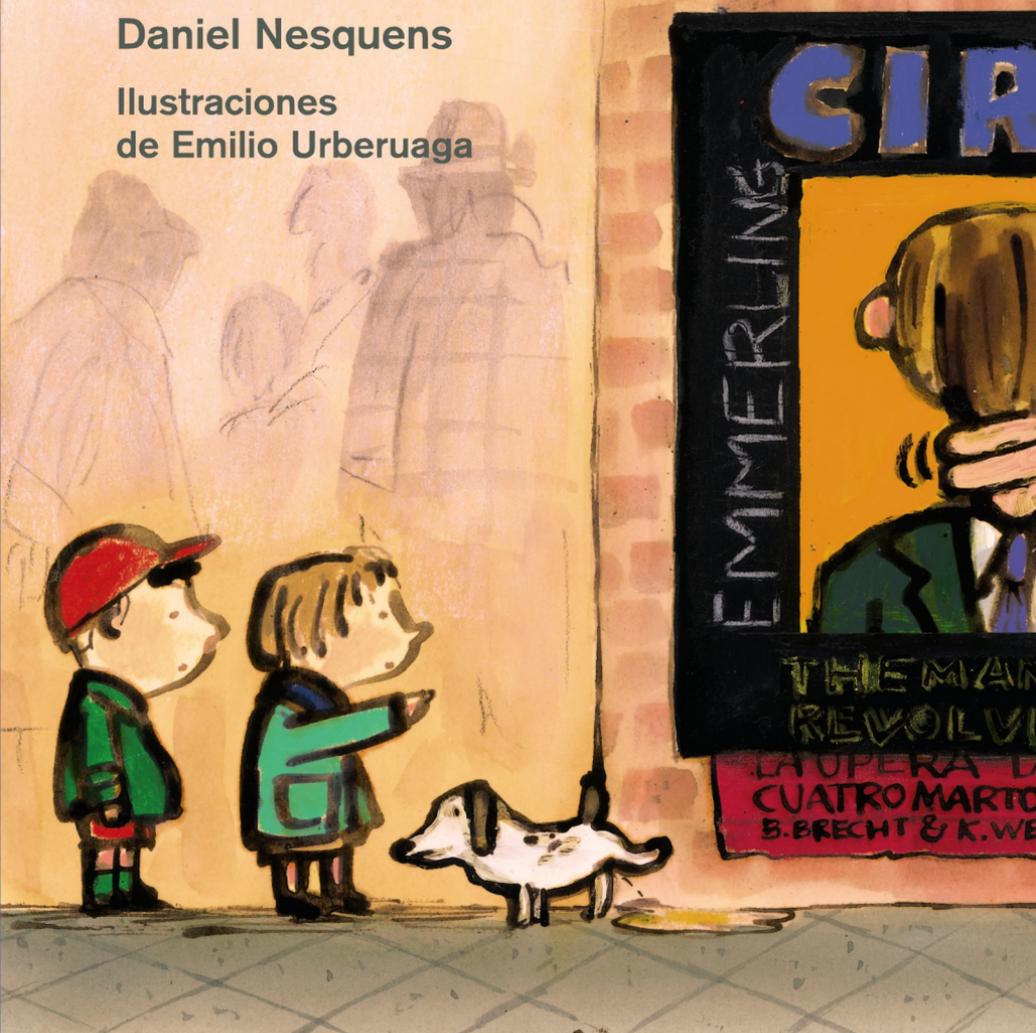


EL HOMBRE CON EL PELO REVUELTO

Daniel Nesquens

Ilustraciones
de Emilio Urberuaga



VII PREMIO ANAYA
DE LITERATURA INFANTIL Y JUVENIL

Ayer me ocurrió algo que me hizo retroceder en el tiempo. Ayer me pareció ver a mi tío Fermín.

Acabé mi última clase del día, bajé las escaleras, me detuve en el tablón de anuncios para leer una nota que algún estudiante había escrito en portugués y salí a la calle. Ya se notaba algo de fresquito, casi apetecía una chaqueta. Atravesé la plaza de san Francisco y me encaminé al quiosco de prensa que hace esquina. Entonces, fue cuando lo vi, de espaldas, hojeando del revés un periódico extranjero. Mi tío hacía cosas más raras.

¿Cuánto tiempo había pasado desde la última vez que escuché su última historia? ¿Catorce, quince años?

Me acerqué, casi con miedo de que pudiese oír mis pasos. A menos de dos metros. A un metro. «¿Tío Fermín?», dije, o le pregunté.

El tipo se giró lentamente, con cierto suspense. De espaldas, de perfil, hubiese jurado que era él, pero no. Mi gozo en un pozo.

Debí de quedarme completamente paralizado, sin saber qué hacer, porque el tipo aquel me preguntó con un acento extranjero que tiraba para atrás si me ocurría algo.

«No, nada. *Excuse me*. Le he confundido con otra persona, con mi tío Fermín».

El tipo extranjero se encogió de hombros, cerró el periódico, lo dejó en el revistero metálico donde figura la prensa internacional, dio media vuelta y se marchó avenida arriba hasta confundirse con el resto de la gente. No sé por qué, cogí el periódico, lo pagué y me lo llevé a casa. Primero algo triste y luego contento por tener de nuevo en mi cabeza su figura.

¿Que quién era mi tío Fermín? Mi tío era una incógnita en un problema de matemáticas, como «X», como «Y»... Una incógnita muy especial. Una incógnita a la que le tenía mucho mucho cariño.

1

El día que nació mi tío Fermín debió de amanecer como otro día cualquiera. Salió el sol, la gente se levantó para ir a las fábricas, al campo; los niños, para acudir a la escuela... Un día como otro cualquiera, ya digo.

Yo no estaba allí para verlo. Yo aún no había nacido y no sé si, además, por ejemplo, en Bérgamo, un señor muy feo había desayunado once manzanas starking, doce pavías, trece paraguayos. O si en Innsbruck, una señora alta, de larga melena, de cutis pálido, un poco peco-so, había puesto la mesa con todo el esmero del mundo con pan de Viena, huevos semihervidos, mantequilla, mermelada, miel, zumo de frutas, chocolate caliente... No lo sé.

Tampoco sé si en la inmensidad de la Siberia de leyenda, el día que nació mi tío Fermín, un zorro blanco se proponía dar caza a una

liebre. Sé que en la Siberia central está el lago de agua dulce más grande, antiguo y profundo del mundo: el lago Baikal. Sé que el único mamífero que vive en el lago es la *Phoca sibirica* o foca de Baikal.

También sé que mi tío Fermín aparecía y desaparecía; que sus apariciones eran mucho más sorprendentes que las de Papá Noel o las de los propios Reyes Magos de Oriente.

Sé que mi tío nació en una primavera colmada de flores y de pájaros en la que el hombre todavía no había pisado la Luna; que se llama así porque su abuelo se llamaba así; que no estaba casado; que no tenía hijos; que sus pies eran muy largos... Y sé que cuando viene a casa, viene sin avisar. O venía. Porque ya no viene. Dejó de hacerlo sin razón aparente. Ni una carta de despedida, ni una llamada. Nada. Desapareció sin dejar rastro. Me pregunto si se lo habrá tragado la tierra. Seguro que, además, ha perdido la copia que le hizo papá de las llaves de casa.

Ha pasado mucho tiempo desde su última visita. Ahora todos nos hemos hecho mayores: el señor feísimo de Bérgamo, la señora de Innsbruck, el zorro blanco, la foca de Baikal, mi tío, mi padre, mi madre... incluso yo. Yo ya



estoy a punto de acabar mis estudios en la Universidad, sí. Pero, todavía, me sigue quedando el recuerdo de alguna que otra fotografía en la que siempre aparece medio escondido, de sus visitas, de sus pisadas ágiles, de su sonrisa eterna, de sus palabras, de sus historias donde siempre era él el protagonista. Ahora que lo pienso: tal vez había una fuerza invisible que lo atraía hacia nuestra casa y le hacía descargar todas aquellas historias reales o inventadas, divertidas, llenas de sorpresas. Sí, todavía me acuerdo.

2

—A ti, ¿qué animal te gusta más? —me preguntó mi tío.

Estaba recogiendo la manguera del jardín, enrollándola alrededor de su hombro y sujetándola con la mano. Acabábamos de regar los crisantemos, los geranios, las lilas, las gardenias, el césped y a algunas hormigas que paseaban distraídas por allí.

—¿De cuántas patas? —le contesté.

—Da igual el número de patas. Da igual que sean vertebrados o invertebrados; mamíferos carnívoros o mamíferos herbívoros; terrestres o marinos; domésticos o no domésticos; inmundos o limpios...

—Es que hay muchos animales —me quejé.

—Tienes tres minutos y tres segundos.

—Me sobran los tres minutos —le dije de improviso. En algún lugar de mi cerebro había

localizado, en décimas de segundo, mi animal favorito—: ¡El emú!

—¿El emú? Nunca había oído ese nombre. ¿No te lo habrás inventado?

—¡Qué dices! Un día Javier Marro, un amigo del colegio, trajo a clase una foto de un emú que él mismo había hecho en el zoológico de no sé qué ciudad. Vive en las praderas de Australia...

—¿Tu amigo Javier?

—¡No, hombre! El emú. Es como...

—No sigas. Sé de qué animal me estás hablando. Se trata de un ave corredora, pero que no vuela, como el avestruz, como el ñandú.

—Algo así —dije.

Mi tío resopló y colocó la manguera en su sitio. Todavía goteaba algo de agua por una de las bocas.

—Siéntate aquí conmigo —me dijo ofreciéndome una de las sillas de plástico blancas, algo sucias por haber estado todo el otoño allí—. También era un ave la paloma que todas las mañanas se posaba en la ventana de mi habitación. Todos los días golpeaba con el pico el cristal y se me quedaba mirando. Yo me desperezaba en la cama. Y ella: «toc-toc-toc, toc-toc-toc»... Le arrojaba mi cojín relleno de plumas de emú y la

paloma levantaba el vuelo. Volaba, se perdía en el cielo, pero a los dos minutos estaba otra vez golpeando el cristal con el pico: «toc-toc-toc, toc-toc-toc»... Pensé incluso en comprarme una escopeta y acabar de una vez por todas con aquel animal. Pero por un momento me imaginé que se trataba del mismísimo palomo de Belkis...

—¿Belkis? ¿El delantero del Manchester United? —le pregunté extrañado.

—Qué delantero, ni qué ocho cuartos. El asno de la reina de Saba, la ballena que se tragó a Jonás, la hormiga de Salomón... son animales que según los antiguos pueblos árabes deben acceder al paraíso.

—¡Ah, ya lo entiendo! Son animales mitológicos.

—Más o menos.

—Como el grifo.

—¡Qué le pasa al grifo! —dijo mi tío girando la cabeza, buscando un supuesto charco en el suelo, junto a la manguera—. No me digas que me lo he dejado abierto.

Debí de poner una cara muy rara, porque mi tío alzó las cejas y abrió los ojos desmesuradamente en señal de extrañeza. Cruzó los brazos sobre el pecho como si tuviera frío y esperó mi aclaración:

—Me refiero al grifo animal mitológico. Mitad águila, mitad león.

—Haberlo dicho antes. Ya sé a qué animal fabuloso te refieres. Los antiguos creían que eran los guardianes de los templos.

—Exacto —dije, sin saber muy bien si lo que decía mi tío era verdad o no.

—Pues como te decía. El caso es que, aburrido ya de aquel toc-toc-toc sordo que se me metía por los oídos, me levanté de un salto y abrí la ventana. La paloma ni se inmutó. Me miró a los ojos y yo a sus patas. Me fijé en que llevaba una anilla. La paloma levantó el vuelo y pasó dentro. Salió de la habitación, atravesó el pasillo y entró en la cocina. Lo hizo sin desviarse un milímetro, como si tuviese memorizado el plano de aquel piso. Se detuvo encima de la mesa de la cocina, picoteó unas migas de pan ya duro que habían quedado de la cena de la noche anterior y comenzó a cambiar de color. Cada vez más pálida.

Mi tío arrugó la nariz. Se detuvo una décima de segundo y miró hacia donde estaba enrollada la manguera.

—¿Y? —le pregunté.

—Se solidificó. Si es que se puede considerar a una paloma un líquido. Se convirtió en

puro mármol. Me acerqué y le quité la anilla que llevaba en la pata izquierda. La anilla no se había solidificado. En su interior había algo escrito. A duras penas lo leí. «Dentro de tres minutos y tres segundos pondré un huevo». ¿Qué clase de broma era aquella? Tomé la paloma en mi mano: sólida. La zarandeeé como si fuese una hucha, la dejé caer sobre el suelo... Nada. Ni una astilla. La recogí y la coloqué sobre la mesa. Me senté en la banquetta y esperé. Y esperé. Tres, dos, uno, cero. Un huevo salió de la paloma poco a poco y cayó sobre la mesa. Era blanco con pintas grises y marrones. Parecía recién barnizado. Cogí el huevo entre mis dedos: estaba todavía caliente. Comenzó a resquebrajarse. Cada vez más. El huevo se partió en dos mitades simétricas, idénticas... Un cilindro metálico poco más grande que la falange de mi dedo quedó a la vista. Lo agité entre mis dedos y la paloma recuperó los colores vistosos de sus plumas. Recobró la vida. Resucitó. Aleteó sin levantar el vuelo, dio unos pasos, se acercó al cilindro y me lo arrebató de entre los dedos. Lo agarró entre su mandíbula superior e inferior, lo acercó al borde de la mesa y lo dejó caer. El cilindro se desvaneció y una hoja, tamaño cuartilla, cayó suavemente



sobre el suelo de la cocina, como una pluma. La cogí antes de que impactase con el suelo. Entonces, la paloma desapareció por donde había venido. Ya no la volví a ver. Toma —me dijo mi tío.

Se metió la mano en el bolsillo y sacó una hoja doblada.

La desdoblé y leí:

*D2B2R31S 3R 1 V2R 1 T5 S4BR3N4.
H1N P1S1D4 M5CH4S D31S D2SD2 L1
5LT3M1 V3S3T1. 2L M1NZ1N4 D2L
J1RD3N Y1 H1BR1 FL4R2C3D4.*

Lo tuve que leer otra vez para darme cuenta del secreto que encerraba el mensaje.

—¿Por eso estás aquí? —le pregunté.

Me miró pasmado, como si fuésemos dos desconocidos, como si no comprendiese bien mi pregunta.

—Y por más cosas. Pero tendrás que esperar a mañana.

Y mi tío cerró los párpados lentamente, como si aquel recuerdo le hubiese agotado.